derada aspiracion luchando siempre con lo mezquino del esfuerzo, la lucha moral del desencanto que viene y la ilusion que se escapa; el disentimiento perpétuo sobre la manera de ser del individuo en sus relaciones con la sociedad; . . . despues, la disolucion de todo vínculo moral; quedará el vínculo material del interés; . . . pero de ahí al caos no hay más que un paso.

Miéntras, este Hemisferio es la tierra de promision, el puerto de salvamento adonde dirigen su vista los que no quieren incurrir en la maldicion de Dios. . . .

Esta naturaleza vírgen y poderosa, no analizada, no explotada, y por consiguiente no profanada todavía, será el oasis adonde el europeo, fatigado de errar por el árido desierto del escepticismo, restaure los perdidos alientos de su fuerza moral. . . .

Ante esta grandeza, obra exclusiva de Dios, ante este variado é imponente panorama, conjunto de aridez y vegetacion, de lava y oro, de fuego y nieve, de luz deslumbradora y apacibles medias tintas, en que todo es inmensurable, infinito, como el vacío, y que todo se limita, sin embargo, con el colorido múltiple y fantástico de los crepúsculos de la mar, volverá el hombre á ser hombre; esto es, volverá á creer, á esperar y á sentir de nuevo la grandeza de su espíritu,

para no olvidar jamás lo frágil y perecedero de su materia. . . .

***

Dos razas disímbolas, con elementos encontrados é idiomas distintos, se disputan el señorío del Nuevo Mundo: la una, armada con la lógica del siglo, esto es, con su riqueza material y su inteligencia desarrollada en relacion á lo que exige su inflexible doctrina de progresar á todo trance; pero unida solamente por ese vínculo de interés mútuo, que suele ser fuerte en la prosperidad, y que no siempre subsiste en la desgracia.—La otra, fuerte con su derecho de primacía, su creencia uniforme, su sobriedad y su altivez geniales, y la vasta é inexpugnable extension que domina; pero falta de espíritu práctico, en vez de explotar las inmensas riquezas de su suelo privilegiado, lo ensangrienta en estériles luchas sobre su manera de sér político, ó cuando no, duerme indolentemente embriagada por el perfume de sus jardines, bajo el azul pabellon de su magnífico cielo. Se encuentra como el que posée una gran fortuna y no sabe en que gastarla; como el dueño de un inmenso palacio que, no pudiendo habitarle entero, vacila entre ceder á otros los departamentos que le sobran, ó dejarlos que

se derrumben por la incuria y el abandono de no ser habitados.—Condicion de niño consentido, sentiria celos de que otro toque siquiera sus juguetes sin su licencia, pero llamará su amiguito al que le ayude á jugar con ellos aunque sea haciéndolos pedazos.

¿Cuál de estas dos razas, de estos dos elementos que no pueden amalgamarse ni fundirse, digámoslo así, para un fin comun, será la que prepondere? ¿Cuál de ellas tiene la sávia más poderosa para arraigar con más fuerza las esperanzas del porvenir? "La que posea mejores condiciones locales, tenga más en explotacion sus riquezas, y sea más accesible al trato y comunicacion con el extranjero," dirán los hombres simplemente utilitaristas.—"La que reuna mejores títulos á la estimacion del mundo por su tradicion gloriosa, por su piedad y dulzura innatas; la que ejerza la hospitalidad por índole y no por cálculo, y habite bajo un cielo que esté en armonía con su carácter," dirán los que sientan en el alma algo más que el deseo de goces materiales. . . .

Pero como se trata de buscar un refugio contra el hastío y la saciedad de esos goces, porque se supone al que lo busca ansioso de respirar el ambiente regenerador de los puros afectos y consoladoras creencias léjos del foco de corrupcion que abandona, no es razonable creer que desée encontrar en el Nuevo

Mundo el mismo mal que le obligó á abandonar el antiguo.—Buscará, en primer lugar, la homogeneidad de creencia y la afinidad de raza; los mismos defectos, si se quiere, pero algunas de sus olvidadas virtudes, y en segundo, el olvido de su pasado.

Sabido es que las naciones europeas que propenden á destrozar primero su organizacion social son las de raza latina; y si las de esa raza en América, que poseen la más rica y la más extensa parte en territorio, dotada de cuantos dones puede ofrecer la más privilegiada naturaleza al inmigrante, y de cuantos atractivos puede presentar la más hospitalaria sociedad al expatriado, persevera en mantener la manera de existir que le es peculiar por índole y tradicion; si depone ese inútil afan de adoptar principios é implantar novaciones opuestos á su natural carácter; si no persiste en introducir prematuramente el caos tambien en sus creencias y la disolucion en sus costumbres, será esa raza, y no su rival, la que prepondere; su elemento el que domine, y su idioma el que trasmita á las edades futuras la mayor gloria entre los poderes humanos.

¿Es preciso algun sacrificio costoso por parte de esa raza para llamar suyo el porvenir?—No, seguramente: bástale querer obtenerle y le obtendrá.—Bástale robustecer sus ya poderosos elementos de

vida con la fusion y alianza, primero, de su raza consanguínea que es su elemento moral; despues con las que le son afines, y en ellas hallará su elemento físico.

Abandone esa suspicacia y celo pueril que le hace ver en el extranjero un enemigo.

Corresponda con la grandeza de su corazon á la grandeza de sus destinos. . . .

Olvide la personalidad para no fijarse más que en la idea, y haga como ha hecho la Rusia, como hacen el Brasil y su raza rival de los Estados-Unidos, un palenque de su privilegiada tierra, donde se convoquen á gloriosa justa á todas las inteligencias del mundo. El que venga, frances, ruso ó noruego, mañana formará una familia americana, y una familia-modelo, por su ilustracion y antecedentes.

No basta proclamar libertades ni conceder franquicias si no hay quien haga buen uso de ellas: es preciso ántes, para que esas libertades y esas franquicias sean un bien práctico, y no un elemento contraproducente, reorganizar el ser moral y social de estos países, desquiciado por las continuas y desatentadas revoluciones de que han sido teatro.

Destruir para siempre por medio de una educacion moral y religiosa, y de una instruccion gradual, práctica, y verdaderamente científica, toda clase de

preocupaciones. Abandonar la idea falsa y exagerada que aquí se tiene del patriotismo, y cerrar la puerta al abuso que se hace de ese sentimiento, no por quien mejor le siente, sino por quien más lo pondera.

Estudiar, por último, el gran libro de la experiencia, y tomar de él con cordura, lo útil, lo adaptable, de lo mucho bueno que entre lo infinitamente malo, han producido las evoluciones del espíritu moderno.

Sentado por principio que el elemento español es la base de estas sociedades, porque no pueden razonable y lógicamente sustituir ese elemento con otro extraño, ni les es dado todavía crearlo propio; probado al mismo tiempo que esa manera de sér, léjos de oponerse al desarrollo de la gran idea que augura para ellas los mas brillantes destinos, favorece de un modo especial, poderoso é infalible, el logro de sus halagadoras esperanzas en el porvenir, natural parecia creer que estas sociedades, en vez de deprimir el elemento que les dió la vida, elevasen su prestigio, aumentasen su fuerza, siquiera para hacer ménos trabajosa la obra de su propio engrandecimiento. Pudiera disculparse tan marcada inconsecuencia, con la ignorancia de algunos, la malicia de otros, y con la suspicacia política de los más, que les ha hecho ver un peligro para la patria en toda influencia

española, si no estuviera á la vista la causa que preside tan extraño como inconducente modo de proceder.

Vamos á ver si acertamos á explicarla algo más claramente en prosa que lo hicimos en verso.

II.

La familia del español aquí, es la familia americana rejuvenecida, renovada siempre; tipo especial de gracia y de atractivo irresistible, de una dulzura y sensibilidad exquisitas; gérmen de vida para esta sociedad, que viera sin él degenerar por la accion del clima su principal ornato, en el vigor, la inteligencia y la hermosura connaturales de esa familia, como degeneran visiblemente la planta, el fruto y la flor léjos del suelo de donde son originarios.—Pero esa familia, cuyas virtudes y excelencias no puede por ménos que reconocerse, es no obstante, un inconveniente poderoso que se opone á la unidad de pensamiento y de accion; que estorba, digámoslo así, la marcha mancomunada que es necesario seguir en estos países para allanar el camino del porvenir.

Al abrir sus ojos á la luz, siente lo que debe sentir la mariposa al salir de su crisálida, lo que debió sentir la estatua de Pigmaleon al dejar de ser piedra; lo que deberá sentir la alondra remontada á las regiones adonde solo sube el águila: desprecio hácia su orígen, desden hacia su especie. . . .

No se digna abrir la historia y estudiar su genealogía: no ve más que el sol deslumbrador que aumenta el brillo de sus galas, y nada escucha más que las brisas embalsamadas que mecieron su cuna, y que murmuran en sus oídos el acento de la lisonja.

El pobre español, de encogidos modales y desaliñado porte, es la crisálida de esas mariposas deslumbradas, la piedra de su orígen; y eso que ven con sus aspiraciones de alondra, es su especie. . . . su sociedad. . . .

Mal pueden satisfacer uno y otra la idealidad de esos séres: mitígase, no obstante, por la fuerza de la costumbre, por la ley del ejemplo, y no diriamos mal si agregásemos, por la ley de la necesidad, la instintiva decepcion de sus ilusiones; transígese de algun modo, y se conviene al fin en las capitulaciones siguientes:—"El español, es decir, el autor de la familia, la crisálida de esas mariposas, tendrá por ellas un amor idólatra, irreflexivo, que no le permita discutir, ni consigo mismo siquiera, nada que no sea